

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PERRY ANDERSON

PASANDO EL BASTÓN DE MANDO

LAS ELECCIONES ESTADOUNIDENSES de 2016, que burlaron las expectativas generales, han tenido una amplia gama de lecturas. Pero por más datos significativos que aparezcan todavía, hay ya cifras suficientes para realizar una evaluación preliminar. ¿Cuáles son las líneas de fondo relevantes? La primera es la participación electoral, cuyo aumento del 5,4 por 100 en 2004, cuando fue reelegido Bush, fue la mayor de este siglo; luego se produjo otro pequeño aumento, del 1,4 por 100, cuando ganó Obama en 2008, compensado por una caída del 2,2 por 100 cuando fue reelegido en 2012. Este año la participación disminuyó de nuevo, alrededor del 0,3 por 100. Con otras palabras, la creciente polarización partidista no ha venido acompañada de una movilización electoral real.

En el Colegio Electoral la dimensión de la victoria de Trump fue mayor que las de Kennedy en 1960, Nixon en 1968, Carter en 1976 y Bush Jr. en 2000 y 2004. En ese sentido no fue un resultado estrecho; pero como se ha señalado ampliamente, fue el resultado de una ventaja minúscula de 77.744 votos en tres estados, Pennsylvania, Michigan y Wisconsin. Frente a esa diferencia nimia, la ventaja global de Clinton en el voto popular –2,87 millones– fue mayor que la de Kennedy, Nixon I, Carter o Bush Jr. I cuando obtuvieron respectivamente la Presidencia. Las discrepancias entre la opción mayoritaria de los votantes y el resultado electoral no son raras en las democracias capitalistas; se suelen producir en Gran Bretaña o Japón, y más drásticamente últimamente en Italia; el actual caso estadounidense, invirtiendo un margen del 2,1 por 100 entre los dos candidatos, como resultado del sistema federal, no es en modo alguno atípico. Considerada en sí misma, la diferencia en el voto popular es quizá más engañosa que la de Trump en el Colegio Electoral, ya que en un sistema

regido por el dinero, Clinton gastó el doble que Trump para obtener sus votos, que le salieron mucho más caros. Esto se debió en buena medida a que desperdició mucho tiempo dorando la píldora a sus partidarios ricos en estados como California e Illinois, donde iba a ganar de todos modos, acumulando allí márgenes inútiles, mientras que Trump se concentró en cuatro o cinco estados decisivos del *rustbelt* e ignoró los grandes estados como Texas, Georgia, etcétera, que tenía asegurados y que, probablemente, le habrían generado excedentes igualmente inútiles¹.

2

El detalle sociológico del voto todavía nos dará probablemente algunas sorpresas. Está claro, sin embargo, que Clinton no logró reunir toda la cosecha de votos de *millennials* (esto es, de los nacidos entre principios de la década de 1980 y finales de la de 1990), negros y latinos con la que contaba, mientras que Trump atrajo a un segmento adicional de trabajadores blancos. Pero no debemos dejar que los árboles nos impidan ver el bosque. El gran hecho estructural es lo parejamente que sigue dividido el electorado, de modo que pequeños cambios en la participación o la preferencia condicionan el resultado final. Lo inusual en 2016 es que los dos candidatos disgustaban a gran número de los que votaron por ellos: los demócratas probablemente habrían ganado con Biden o Warren contra Trump, y los republicanos habrían infligido una derrota más sonora a Clinton con Kasich o Rubio. Lo llamativo en el equilibrio de aversión hacia el portaestandarte de cada partido es que la desconfianza hacia Clinton era más profunda que hacia Trump: los independientes que se tapaban la nariz frente a ambos optaron al final mayoritariamente contra ella². Por lo tanto, es un error interpretar exageradamente el resultado como un terremoto político. El diagnóstico de Ronald Brownstein de una estrecha, pero profunda división en el sistema de partidos —a diferencia

¹ John Judis, «On the Eve of Disruption: Final Thoughts on the 2016 Election», *Talking Points Memo*, 18 de diciembre de 2016. Clinton acumuló 5,8 millones de votos más que Trump en California y Nueva York; en los demás cuarenta y ocho estados, Trump la superó en tres millones.

² De los que tenían una opinión desfavorable de ambos candidatos, Trump se llevó al 49 y Clinton al 29 por 100; de los que decían que ninguno de los dos candidatos estaba cualificado para ser presidente, el 82 por 100 optaron por Trump y el 18 por 100 por Clinton; de los que decían que ambos candidatos eran temperamentalmente inadecuados para el puesto, el 86 por 100 votó por Trump. Véase Christopher Caldwell, «Trump's Voters Knew Who They Were Pulling the Lever For», *Weekly Standard*, 21 de noviembre de 2016, de lectura absolutamente recomendable.

de la brecha a la vez amplia y profunda en tiempos de McKinley o FDR, o estrecha y superficial como en los días de Eisenhower y Kennedy– ha quedado confirmado³.

3

Mike Davis percibió hace tiempo con perspicacia el mayor control republicano sobre la política a escala estatal, y esta vez señaló el desplazamiento de los patrocinadores más ricos del partido –abrumadoramente opuestos a Trump– del candidato presidencial a la financiación de los candidatos al Congreso y las gobernaduras de los estados⁴. Con una fantástica precisión de dólares por voto, el resultado en 2016 reflejó casi perfectamente la ventaja de Clinton en la votación presidencial: los republicanos se apoderaron de la Cámara de Representantes con un margen de poco más de 3 millones (dado que solo se elegía a un tercio de los senadores, sus resultados no daban un total nacional). Eso solo significaba una mayoría del 51,3 por 100 de los votos emitidos, tendencialmente coincidente con el equilibrio general de las fuerzas electorales en liza, aunque sugiere que un candidato republicano que no fuera Trump podría haber derrotado a Clinton aún más claramente. La dedicación y disciplina mucho mayor de los cuadros republicanos ha sido, sin embargo, coherente desde que Dole recuperó el Senado en 1993, constituyendo algo más cercano a lo que en otro tiempo era el modelo europeo de partido político que a nada de lo que hayan podido montar los negligentes demócratas: un logro tanto más notable en un periodo en el que de los dos partidos, ha sido el de los republicanos el más dividido ideológicamente. Por otra parte, como Davis ha vuelto a subrayar, el predominio a escala estatal, a diferencia de lo que sucede en el ámbito presidencial, tiende a consolidarse por el efecto acumulativo de votos consecuencia del rediseño de los distritos electorales por las respectivas asambleas legislativas estatales, hecho que genera en ventajas partidistas a largo plazo. El efecto actual de esa superioridad organizativa ha sido dar a los republicanos el control de la Presidencia, el Senado y la Cámara, aunque no la supermayoría a prueba de filibusterismo de la que disfrutó Obama en el Senado en 2009-2010.

³ Ronald Brownstein, *The Second Civil War: How Extreme Partisanship Has Paralyzed Washington and Polarized America*, Nueva York, 2007, pp. 17-19 y ss.

⁴ Véanse M. Davis, «The Last White Election?», *NLR* 79, enero-febrero de 2013, pp. 46-52; ed. cast: «¿Las últimas elecciones blancas?», *NLR* 79, marzo-abril de 2013, pp. 7-60, ahora incluido en P. Anderson, R. Brenner, M. Davis, *et al.*, *Estados Unidos: Homeland*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; y «The Great God Trump and the White Working Class», de próxima aparición in *Catalyst*.

Considerando en su conjunto los resultados de 2016 para el ejecutivo y el legislativo, sería lógico concluir que la conquista republicana de la Casa Blanca siempre estuvo a su alcance, por más que en este caso el resultado viniera condicionado por una doble contingencia mutuamente compensada: un candidato republicano de trayectoria y carácter sin precedentes, con peor rendimiento que el que habría correspondido a un candidato estándar, superando por poco a una candidata demócrata comprometida e incompetente, que ha quedado por debajo del nivel normal. Esta ecuación ignora, sin embargo, el gran factor sobrevenido de un presidente saliente, que disfrutaba de niveles de popularidad equiparables a los de Reagan, y que, a diferencia de éste, ha hecho fogosamente campaña por su ex colega y aspirante a sucesora. ¿Por qué ese famoso *atrapavotos* no inclinó la balanza? El apoyo de Obama fue incansable y en teoría debería haber sido decisivo. Sin embargo, fue vano. Ni siquiera en la comunidad negra se movilizaron suficientes votantes para ir a las urnas, lo cual no significa que la contribución de Obama al resultado fuera nula. El país que eligió a Trump fue el que Obama había gobernado durante ocho años y que, según una opinión prácticamente unánime, ha tenido la suerte de disponer de un líder como él. ¿Cuál ha sido, en resumen, el balance de su presidencia?

4

El impacto de la presidencia de Obama se puede juzgar en tres aspectos: como agencia de cambio en el país; como fuerza de intervención en el extranjero; y como un estilo de gobierno en general. En cuanto al primero, ¿cuál es el balance? Desde el punto de vista económico, el estímulo presupuestario inducido por la flexibilización cuantitativa y las bajas tasas de interés sacó a Estados Unidos de la recesión, reduciendo gradualmente el desempleo oficial y generando un crecimiento débil pero mayor que el de cualquier país europeo o el japonés. Los bancos fueron rescatados, no se concedió ayuda alguna a quienes tuvieron problemas graves con sus hipotecas, los ejecutivos delincuentes quedaron sin castigo y el índice de participación en la renta de la fuerza de trabajo cayó aún más, mientras que el 1 por 100 más acomodado de la población se hizo proporcionalmente aún más rico. Dado que no hubo cambios en la Reserva Federal, y que esa política se había establecido ya en la última fase del gobierno de Bush, no se puede atribuir a Obama un gran mérito en esa gestión de la crisis. Habiéndose tratado, en general, de una gran operación defensiva, dejó esencialmente inalterado el punto muerto subyacente del régimen

de acumulación vigente desde la década de 1980: declive del aumento de productividad, largo estancamiento salarial, profundización de la desigualdad, desindustrialización regional, etcétera⁵.

Socialmente, el principal logro legislativo de la presidencia fue la *Affordable Care Act*, que amplió la cobertura médica a unos veinte millones de estadounidenses, aunque dejaba a un número aún mayor –veintiocho millones– todavía sin seguro. Los límites de esta mejora –y la complejidad opaca de su maquinaria– han provocado que el principal logro en teoría de los demócratas en pro del progreso social haya cosechado un apoyo popular tan reducido como para ser silenciado por muchos, tal vez la mayoría, de los candidatos del Partido Demócrata en las elecciones de 2016. Las minorías fueron las que más se beneficiaron de la *Affordable Care Act*, pero una tercera parte, aproximadamente, expresaron una experiencia negativa de la misma. Entre los blancos de la clase trabajadora, menos de uno de cada ocho tenía una opinión positiva de su efecto⁶. Los parámetros de la distribución de los servicios de salud cambiaron más que los de la renta nacional, pero el sistema estadounidense basado en el mercado, único en Occidente, inflado en costes y escaso en cobertura, permanece estructuralmente inalterado. También es un caso único en Occidente que las tasas de mortalidad entre los trabajadores blancos –«muertes de la desesperación» por drogas o suicidio, típicamente bajo condiciones de presión financiera– hayan seguido aumentando.

Ecológicamente, Obama, incapaz de hacer aprobar por el Congreso una venta de licencias de contaminación promercado, optó por un mosaico de regulaciones ejecutivas de escaso efecto y un acuerdo en París sobre el cambio climático que, como su predecesor de Kyoto, carece de mecanismos de aplicación. Incapaz también –como Bush– de obtener del Congreso una reforma de la normativa migratoria, pretendió por vía ejecutiva suspender la expulsión de menores, una medida que fue bloqueada por el poder judicial, mientras deportaba del país en torno a 2,5 millones de migrantes ilegales pertenecientes a otras categorías, cifra superior a la de cualquier otro presidente en la historia estadounidense. Racialmente, ¿hubo alguna mejora significativa en las condiciones de vida de los afroamericanos?

⁵ Sobre esa pauta y sus inflexiones, véase mi artículo «Homeland», *NLR* 81, mayo-junio de 2013, pp. 9-37; ed. cast.: «Homeland: La política interna de Estados Unidos», julio-agosto de 2013, pp. 7-37; incluido ahora en P. Anderson, R. Brenner, M. Davis, et al., *Estados Unidos: Homeland*, cit.

⁶ Ronald Brownstein, «A Cultural Divide on Obamacare», *Los Angeles Times*, 6 de enero de 2017.

Evidentemente no en el trato por la policía: los disturbios provocados por los disparos contra negros marcaron el mandato de Obama, no el de su predecesor. Económicamente, hacia el final de su periodo presidencial la riqueza neta de los hogares blancos medios era trece veces la de los negros y casi la mitad de los activos en posesión de los negros habían desaparecido⁷. ¿Recibió Black Lives Matter algo más que expresiones reticentes de simpatía por parte de Obama? A sus delegados les dijo que debían estar agradecidos por el privilegio de tener una audiencia con él. Después de todo, les recordó: «Ustedes están aquí, en el Despacho Oval, hablando con el presidente de Estados Unidos»⁸.

El contraste con Same Sex Marriage habla por sí solo. En aquella ocasión, la Casa Blanca resplandecía con los colores del arco iris y se habló mucho del progreso histórico para una minoría de la población mucho más reducida, pero en promedio mucho más rica, en una causa que carece (véanse también los casos de Hollande o Cameron) de coste económico y social y que no implica costes para nadie⁹. En cuanto a los derechos civiles en cualquier sentido más amplio, Obama presidió el mayor programa de vigilancia nacional (y, por supuesto, internacional) de la historia, concedió inmunidad a los torturadores mientras castigaba duramente a los denunciantes, ordenó la liquidación de estadounidenses en el extranjero sin el debido proceso y se burló de *War Powers Act*. Constitucionalmente, la legislatura se vio sobrepasada por una multitud de directivas *ultra vires*, llegando a quejarse incluso sus partidarios en el mundo jurídico del abuso por parte de Obama de los poderes presidenciales¹⁰.

⁷ *The Economist*, 24 de diciembre de 2016; Signe-Mary McKernan *et al.*, «Impact of the Great Recession and Beyond: Disparities in Wealth Building by Generation and Race», Urban Institute, abril de 2014, pp. 2, 18.

⁸ Julie Hirschfeld Davis, «How the Presidency Changed Obama», *The New York Times*, 17 de enero de 2017.

⁹ Existía un posible coste político, lo que disuadió a Obama de respaldar a Same Sex Marriage durante la mayor parte de su primer mandato, hasta que se vio acusado por Biden en la campaña para el segundo. Se calcula que la comunidad LGBT representa aproximadamente el 3,8 por 100 de la población; los afroamericanos representan el 13,2 por 100. Hay diecinueve millonarios LGBT y una afroamericana, Oprah Winfrey.

¹⁰ Véase Garrett Epps, «Obama Leaves the Constitution Weaker than He Found It», *The Atlantic*, 3 de enero de 2017: «Incluso para los que, como yo, admiran a Barack Obama, su ejecutoria es perturbadoramente dispar», Lawrence Tribe, profesor de Derecho Constitucional en Harvard y consejero de Gore en la disputa sobre los resultados electorales en Florida en 2000, era más terminante, afirmando que la regulación de la energía de Obama había «quemado la Constitución».

Los admiradores de Obama justifican el fracaso en el ámbito interno de su presidencia a la hora de representar algo así como una «audacia de la esperanza» aduciendo la obstrucción republicana en el Congreso. En el exterior, su política no encontró apenas trabas. Como la mayoría de sus predecesores desde 1945 –Johnson y Reagan fueron las únicas excepciones– Obama fue más coherente como guardián del imperio en el extranjero que como agente del cambio en el país, aunque sería difícil deducir esto atendiendo a los debates de los liberales y la izquierda en Estados Unidos¹¹, con dos importantes reveses, las operaciones en el mundo musulmán y las relaciones con Rusia y China (con Europa y Japón como colaboradores respectivos).

En el mundo musulmán, Obama heredó dos guerras declaradas, en Iraq y Afganistán, y dos no declaradas, en Pakistán y Somalia. Al final de su segundo mandato, había añadido otras tres. De las que heredó, en Iraq Bush había firmado un acuerdo con Maliki para retirar todos los soldados estadounidenses a finales de diciembre de 2011. Tres años después, cuando se acercaba la fecha límite, el gobierno de Obama trató de revisar ese acuerdo para mantener estacionada en el país una fuerza militar estadounidense, pero fue incapaz de asegurar la inmunidad para sus soldados frente a eventuales enjuiciamientos criminales pese a su insistencia. Por eso la retirada tuvo que seguir adelante hasta dos años después, cuando Obama eliminó a Maliki y envió bombarderos, misiles y tropas terrestres –en un número no revelado– para emprender una segunda guerra, esta vez contra la amenaza del ISIS a su sustituto en Bagdad. En Afganistán, Obama había triplicado el tamaño del ejército de ocupación al final de su primer mandato, y al final del segundo instaló un gobierno *made-in-USA* como su homólogo en Bagdad, que debía ser protegido indefinidamente por una fuerza de pretorianos del Pentágono. En Pakistán, Obama intensificó las acciones militares con un aumento del uso de drones armados con misiles para acabar con objetivos considerados hostiles, con las previsibles pérdidas de vidas de civiles, mientras sacaba del país al personal de la CIA

¹¹ *Jacobin*, el medio más sobresaliente de la nueva izquierda estadounidense, publicó el 20 de enero de 2017 una mesa redonda, «Evaluación de Obama», en la que once participantes valoraron la actuación del gobierno en todos sus aspectos, salvo la economía y la Constitución, con gran sobriedad y equilibrio. La sección sobre política exterior, crítica pero esencialmente limitada a Oriente Próximo, representó solo el 6 por 100 de su atención colectiva.

acusado de asesinatos diversos. En Somalia, donde se creó otro gobierno *ad hoc*, los comandos encubiertos y ataques con aviones no tripulados, asistidos por una base secreta de la CIA en Mogadisco, se han convertido en rutina, mientras que la AFRICOM ha extendido la implantación militar estadounidense en todo el continente, hallándose presente en cuarenta y nueve de los cincuenta y cinco países africanos.

Al hilo de la ampliación de este arco de operaciones, Obama lanzó un ataque aéreo devastador en Libia para derrocar al régimen de Gaddafi, hundiendo el país en tal caos que, cinco años más tarde, ni siquiera se pudo reunir al grupo habitual de marionetas para dirigir el espectáculo. En Siria armó, entrenó y financió a los insurgentes, apoyándose en Arabia Saudí y Qatar para proporcionarles armas más pesadas y más dinero, en un intento de derribar el régimen de Assad, desencadenando así una guerra civil que ha dejado medio millón de muertos y cinco millones de desplazados, sin alcanzar su objetivo. En Yemen suministró armas, orientación y cobertura estratégica a una campaña de bombardeos saudí-emiratí, que ha reducido a ruinas al país y a su gente, con una insensibilidad que hizo vacilar incluso a sus voceros habituales en *The New York Times*.

Nunca ha sido más descarada lo que Roger Hodge llamó «la mendacidad de la esperanza» que en esas acciones, cuando Obama prometió que sus bombardeos sobre Libia solo pretendían ofrecer ayuda humanitaria, «no un cambio de régimen», y aseguró que estaba «orgulloso de su decisión» de no lanzar un bombardeo similar sobre Siria, motivada en realidad por la oposición del Parlamento británico y del Congreso. Egipto, con un régimen no muy diferente del sirio, solo que más favorable a Occidente, ha recibido abundantes armas y dinero, e Israel el mayor paquete de ayuda militar de su historia. En el repertorio imperial, la preferencia por la guerra aérea, agentes intermedios y fuerzas especiales en lugar de tropas terrestres no es ninguna novedad: fue Nixon quien introdujo el tipo de «vietnamización», que está ahora en marcha en Kabul y otros lugares. Obama no ha ganado ninguna de sus siete guerras en el sentido de lograr una paz, aunque tampoco las ha perdido (hasta ahora; los resultados definitivos en Afganistán y Siria están por verse). Sí obtuvo en cambio un gran éxito en Irán, donde la ciberguerra concertada, los asesinatos encubiertos y el estrangulamiento económico obligaron a los gobernantes clericales a someterse al *diktat* estadounidense, que

salvaguarda el monopolio nuclear israelí en Oriente Próximo¹², aunque no se consiguiera –como al parecer se esperaba– la cooperación de Teherán para derrocar a Assad.

6

Tras heredar la llegada de un homólogo ruso conciliador, Medvedev, y el segundo mandato del discreto Hu-Wen en China, ¿cómo gestionó Obama las relaciones de Estados Unidos con sus dos antiguos enemigos de la Guerra Fría? Después de intervenir en Kiev para establecer un gobierno plegado al mandato estadounidense, impuso sanciones a Moscú por responder con la recuperación de Crimea, arrastrando tras de sí a Europa y llevando las relaciones occidentales con Moscú al peor momento de tirantez desde la Guerra Fría. ¿Consecuencias? La implicación rusa en Siria, signos de creciente malestar en Europa y una inminente «modernización» por valor de un billón de dólares del arsenal nuclear estadounidense. En el Lejano Oriente el gobierno de Obama se esforzó por desalojar a Yukio Hatoyama, el único primer ministro japonés que ha cuestionado la ocupación militar de Okinawa, y trató de aislar a la RPCh, uniendo a Japón, Corea y la ASEAN en un pacto comercial del Pacífico, que excluía a aquella y cuya perspectiva comercial estaba subordinada a la estratégica: diecisiete ilustres almirantes, generales y ex secretarios de Defensa jubilados firmaron una carta al Congreso, declarando que era vital para «la seguridad nacional»¹³. El plan se fue viniendo abajo a medida que se consumía el mandato de Obama, dejando las relaciones Washington-Pekín en punto muerto al final del mismo. En los últimos meses de su gobierno, cuando ya no le suponía ningún coste político, se restablecieron las relaciones diplomáticas con La Habana y la delegación estadounidense se abstuvo en la ONU ante una moción que condenaba los asentamientos israelíes en Cisjordania: gestos de despedida destinados a enaltecer su memoria, como la visita a Hiroshima y

¹² Respaldo por la amenaza de un ataque militar. En la primavera de 2016 Obama reiteró que había estado dispuesto a lanzar un ataque preventivo contra Irán si fracasaba en su reto nuclear. Véase su declaración a Jeffrey Goldberg, «The Obama Doctrine», *The Atlantic*, abril de 2016.

¹³ Para contener a China, los funcionarios de la Administración también esperaban instalar una base en Vietnam: a este respecto véase también, *ibid.* El «pivote hacia Asia» de Obama de 2011 preveía transferir el 60 por 100 de los activos aéreos y navales estadounidenses a la región de Asia-Pacífico. Las operaciones de vigilancia de «reconocimiento cercano» de la frontera de China por buques y aviones estadounidenses pasaron de doscientas en 2009 a mil doscientas en 2014.

el tango que bailó en Buenos Aires, mientras se mantenían el embargo contra Cuba y la base carcelaria de Guantánamo.

7

En conjunto, la ejecutoria de Obama en la Casa Blanca se parece a la de la mayoría de los presidentes estadounidenses desde Reagan, sin apenas introducir alteraciones en el país mientras se impulsan las tareas militares en el extranjero; de hecho, se trataba de una gestión muy convencional del capitalismo neoliberal y del expansionismo militar-diplomático. Con él no se ha producido nuevo rumbo alguno ni en la sociedad ni en el imperio. La regla de Obama fue, en ese sentido, esencialmente inmovilista: todo debía seguir como siempre. En otro plano, sin embargo, su mandato fue innovador, porque era el primer presidente que era al mismo tiempo una celebridad, es decir, un político cuya apariencia ya era una sensación, desde los primeros días de su búsqueda de la nominación demócrata: no ser puramente blanco, además de apuesto y delicado, le bastaba para ello. Catapultado a la Casa Blanca por el carisma del color y la crisis económica, y al mando de la primera supermayoría en el Congreso desde Carter, Obama siguió siendo desde la presidencia un ganador y campeón en la recaudación de fondos. Pero la celebridad no es liderazgo ni es transferible. La personalidad que proyecta no permite la transmisión. Por naturaleza requiere cierto aislamiento. Obama, saboreando su aura y consciente de los riesgos de diluirla, hizo pocos intentos de movilizar a la población que le había votado, y reservó la generosidad derramada sobre él por las grandes fortunas para obtener mayor aclamación en las encuestas. Lo que importaba era su popularidad personal. Su partido apenas contaba, mientras sus decisiones tenían escaso contenido político.

El resultado fue un desastre en cada una de las elecciones de medio mandato. Al final de su presidencia, la tasa de aprobación personal de Obama rozaba el 60 por 100, pero el Partido Demócrata había perdido cerca de mil escaños en las asambleas legislativas de todo el país; solo le quedaban dieciocho gobernadores y doce cámaras legislativas de las cincuenta, y para la opinión pública la *Affordable Care Act* era más un lastre que un estímulo. La celebridad deslumbraba, pero no se convertía en votos. Para mantenerla intacta, Obama evitaba las conferencias de prensa donde podían ponerle en un brete, prefiriendo en su lugar participar en charlas con anfitriones obsequiosos en programas de entretenimiento en

televisión, departir con un círculo de escogidos aduladores de la prensa escrita (Goldberg, Remnick, Wenner, etcétera; véase el recuadro adjunto) y dejarse salpicar por el polvo de estrellas del pop en ceremonias formales. En ese universo, el más importante funcionario de la Casa Blanca llegó a ser quien escribía los discursos de Obama [Ben Rhodes], que fue el primero en la historia estadounidense en ser promovido directamente desde el escritorio al puesto de vicesesor de Seguridad Nacional.

8

Con el fin de su presidencia a la vista, los homenajes en los medios de comunicación se hicieron cada vez más notables y abundantes; al frente se situaba *The New York Times*, que publicó una serie de seis amplios encomios, con espléndidas imágenes del presidente en cada uno de ellos: «The Regulator in Chief», «The Threat to the Planet», «The “Good War”», «The Health Care Revolution», «Breaking the Racial Barrier», «A Changed Man», coronados por un largo suplemento sobre «The Obama Years» en la *Sunday Review* rematado con un afectado estudio, «Obama’s Secret to Surviving the White House Years: Books»¹⁴. En esos artículos se puede encontrar poca sustancia empírica. Su contribución más significativa, señalada en el título del tercero, era añadir a la defensa habitual que si Obama no había obtenido triunfos aún mayores en el país ello se había debido a la obstrucción en el Congreso, del mismo modo que sus nobles fines en el extranjero se habían visto frustrados por la obstinación de un mundo atrasado y bárbaro, incapaz de ponerse a la altura de sus objetivos ilustrados¹⁵. Pero en su mayor parte, y acordes con el estilo del propio gobernante, el énfasis de aquella oleada de lamentos recaía en otro aspecto. Lógicamente, su *leitmotiv* era simplemente el brillo luminoso de la persona, más que cualquiera de las cosas que hubiera hecho o podido hacer. En palabras de un premio Nobel en el *Financial Times*, aunque el estribillo, sin la condición, era prácticamente universal: «Es un hombre con mucha clase [pese a que quizá] no haya sido

¹⁴ Una muestra: los libros «le permitieron una nueva apreciación de las complejidades y ambigüedades de la condición humana», explicaba Michiko Kakutani.

¹⁵ «El arco de la historia reciente no se inclinó hacia la visión cosmopolita de Obama de un mundo interdependiente [por lo que] a pesar de sus buenas intenciones [su] cosmopolitismo ilustrado parece cada vez más un anacronismo», Adam Shatz, «Obama vs. the World», *The New York Times*, 15 de enero de 2017. El único lamentable defecto en su ejecutoria era, al parecer, su indecisión para intervenir de manera más vigorosa en Siria.

un presidente muy eficaz»¹⁶. Una mesa redonda en *New Republic* –que reunió a profesores de Princeton y Harvard y a escritores de *The Nation* y de Brookling Institution– daba la nota. Aquí un ejemplo:

Pregunta: *¿Cuáles de las cosas que hizo creen que sobrevivirán?*

JAFFE (*The Nation*): Esa es una pregunta bastante difícil de responder. Después de Trump, creo que cuando recordemos a Obama pensaremos: «Oh, también hubo un ser humano decente en la Casa Blanca».

GORDON-REED (*Harvard*): Y sin escándalos.

JAFFE: ¡Así es! Hasta la gente más enfadada con Obama cuelga imágenes de él y su familia en Facebook diciendo: «Mirad los grandes que son».

Todos ustedes han estudiado a Obama de cerca a lo largo de estos años y varios de ustedes son historiadores. ¿Con qué otros presidentes lo comparará la historia?

SULLIVAN (antes en *New Republic*): Mi corazón ha estado con él tantas veces. Me emociono pensando en lo que le hicieron a ese hombre. ¡Qué gran estadounidense! [*Comienza a ahogarse*]. Desea lo que desea Estados Unidos, lo que puede desear: la dignidad, la fusión de las razas... Tiene un gran temperamento y un gran pragmatismo, y tiene la gran decencia del Medio Oeste. Me impresiona ese hombre. Dios lo bendiga. Lo digo en serio. Gracias, señor presidente.

¿Cuánta responsabilidad creen que le corresponde en cuanto a crear las condiciones que han permitido a Trump ser elegido?

PAINTER (*Princeton*): No creo que tenga nada que ver con él personalmente, aparte de ser un hombre negro. La elección de Trump fue una respuesta visceral a lo que muchos estadounidenses interpretaron como un insulto hace ocho años y con lo que han estado echando chispas desde entonces. Lo único que permite ver a Trump como culpa de Obama es el propio ser de Obama. Es algo ontológico.

GORDON-REED: Estoy de acuerdo con Nell. No hay nada que pudiera haber hecho en este clima aparte de ser alguien que no es¹⁷.

¹⁶ Angus Deaton, *Financial Times*, 22 de diciembre de 2016.

¹⁷ «Beyond Hope: Taking the Long View», *New Republic*, 13 de diciembre de 2016.

UN RAMILLETE DE BASURA

«Un líder de raros talentos, ungido con los sueños de su nación».

The Economist, 22 de diciembre de 2016

Jeffery Goldberg, ex funcionario de prisiones de la Fuerza de Defensa Israelí, en su panegírico de 17.000 palabras y fotos en color dedicado al presidente, «The Obama Doctrine. How He's Shaped the World», *The Atlantic*, agosto de 2016, «a partir de nuestra reciente serie de conversaciones, que tuvieron lugar en el Despacho Oval, durante el almuerzo en su comedor, a bordo del Air Force One y en Kuala Lumpur durante su última visita a Asia»:

Tiene una trágica comprensión realista del pecado, la cobardía y la corrupción y una apreciación hobbesiana de cómo el miedo modela el comportamiento humano [...] entregará a su sucesor un conjunto de herramientas que un consumado asesino envidiaría [...]. Y, sin embargo, profesa coherentemente y con aparente sinceridad la apreciación optimista de que el mundo se inclina hacia la justicia [...]. «Yo soy muy internacionalista», me dijo Obama en una conversación posterior. «Y también soy idealista en la medida en que creo que debemos promover valores como la democracia y los derechos humanos y, también, normas, porque no solo sirve a nuestros intereses que más gente adopte los valores que compartimos –de la misma manera que, económicamente, si la gente adopta el Estado de derecho y los derechos de propiedad, etcétera, eso irá en nuestro beneficio–, sino porque ello hará del mundo un lugar mejor».

David Remnick, antiguo cronista de los días de libertad en Rusia bajo Yeltsin y Gaidar, en *The New Yorker*, 28 de noviembre de 2016:

Al salir del pabellón, Obama firmó unos cuantos libros, posó para algunas fotos y parecía claramente contento con la forma en que iban las cosas. «Soy como Mick Jagger», dijo. «Soy viejo, canoso, pero la gente sigue acudiendo a oírme». En el automóvil, volviendo al aeropuerto de Charlotte, Obama se desplomó en su asiento y leyó algunos correos electrónicos en su teléfono. Luego sacó un vídeo de la fiesta de Halloween en la Casa Blanca [...]. Nunca pierde su capacidad de ser el analista de su propia situación, un etnógrafo ligeramente incrédulo de su propio país, de sus mejores y peores cualidades [...]. Aquí estaba la esperanzada visión de la diversidad y la dignidad que Obama hizo suya.

Jan Wenner, ex sabueso de Hunter S. Thompson, en *Rolling Stone*, 26 de noviembre de 2016:

Rolling Stone ha tenido una relación maravillosa con Obama durante años. Lo conocí al principio de su campaña de 2008, cuando vino a mi oficina a cenar. Le apoyamos cuando estaba arriba y cuando estaba abajo. Veía a los lectores de *Rolling Stone* como parte de su base. Hace un año fuimos a Alaska con él y recorrimos los glaciares que se están fundiendo. Lo vimos cabalgar la ola de la Historia con un orgullo extraordinario [...]. Yo tenía la esperanza de mirar hacia atrás, a lo que había logrado en ocho años y a las cuestiones que más le importaban a él y a los lectores de *Rolling Stone*; escuchar sus consejos a Hillary y conocer su opinión sobre lo que teníamos por delante. Iba a ser la «entrevista de despedida», su décima cubierta para *Rolling Stone*, nuestra cuarta entrevista juntos.

Ta-Nehisi Coates, James Baldwin de la blogosfera, *The Atlantic*, enero-febrero de 2017:

Aquella fresca noche de octubre todo parecía inevitable y grandioso. Soplaban un ligero viento. Habíamos estado por encima de los 25° C durante gran parte de la semana. Ahora, al ponerse el sol, la estación recordaba su nombre. Las mujeres tiritaban en sus vestidos de cóctel. Los caballeros les cedían galantemente sus chaquetas. Pero cuando Naomi Campbell pasó junto al puesto de seguridad con un vestido sin mangas, parecía tan invulnerable como siempre. Los teléfonos móviles fueron confiscados para impedir que se filtraran grabaciones subrepticias [...]. Los Obama se relacionan con Beyoncé y Jay-Z. Recibieron a Chance the Rapper y a Frank Ocean en una cena de Estado, y el año pasado invitaron a Swizz Beatz, Busta Rhymes y Ludacris, entre otros, para discutir la reforma del código penal y otras iniciativas.

Michiko Kakutani, una de las principales críticas literarias estadounidenses, empleada en el diario de referencia, *The New York Times*, 16 de enero de 2017:

Hay una línea clara y brillante que conecta a Lincoln y King con el presidente Obama [...]. Es una visión de Estados Unidos como un proyecto inacabado –una trayectoria continua, durante más de dos siglos, para hacer realidad para todos las promesas de la Declaración de Independencia–, enraizada tanto en las Escrituras como en la posibilidad de la redención, y una creencia más existencial en que podemos rehacernos continuamente [...] Almorzó la semana pasada con cinco novelistas que admira: Dave Eggers, Mr. Whitehead, Zadie Smith, Mr. Díaz y Barbara Kingsolver. Habló con ellos no solo sobre el panorama político y los medios de comunicación, sino también sobre sus obras, preguntándoles cómo iban sus libros y comentando que le gustaba escribir sus primeros borradores a mano, en grandes cuaderños de papel amarillo.

Fue precisamente esa presidencia la que allanó el camino a otra celebridad para conquistar la Casa Blanca, prestando todavía menos atención al partido que iba a utilizar como vehículo para llegar allí. La cuota de responsabilidad de Obama en el camino de Trump hacia la victoria no se limitó a eso, por supuesto. Fue él quien hizo de la esposa de Clinton su secretaria de Estado, sin más necesidad para hacerlo que la de agradecer a la pareja y a su acaudalado entorno su respaldo, y el que nombró a los dirigentes del Comité Nacional Demócrata, que hizo cuanto pudo para asegurar que fuera ella la candidata demócrata a sucederle. La señora Clinton, pese a su descrédito y falta de popularidad, fue así endosada a los votantes de las primarias, reacios desde el principio a aceptarla, y protegida por su Departamento de Justicia de las consecuencias penales que habían afectado a los filtradores más humildes de su Administración, que a diferencia de ella habían actuado por razones generosas y no por un arrogante privilegio personal. Por último, y decisivamente, pesaba, por supuesto, la insensibilidad de Obama frente a la creciente angustia popular –de blancos y negros– y la colusión con el orden financiero y comercial responsable de esa angustia, que había creado las condiciones para una vehemente rebelión política contra el *establishment* del que él había llegado a ser un ornamento tanpreciado¹⁸. La esperanza de que Obama trajera alguna transformación dotada de una pizca de audacia fue siempre ilusoria; los temores de que Trump traiga el desastre con toneladas de intolerancia y brutalidad pueden ser más realistas, aunque también podrían ser exagerados. Una cosa, sin embargo, está clara: la resistencia productiva frente al segundo no puede tener nada que ver con el culto al primero, que requiere una demolición en frío.

IO

La victoria de Trump corresponde, como se suele señalar, a un patrón generalizado de reacciones populistas contra el orden neoliberal vigente en Occidente desde la década de 1980. Su avatar estadounidense, aunque más tardío que el europeo, ha revestido igualmente dos versiones, una de derechas encabezada por Trump, y la otra, de izquierdas, por

¹⁸ Para una devastadora panorámica de las condiciones sociales del país tras la presidencia de Obama, véase el amargo informe del demógrafo Nicholas Eberstadt, «Our Miserable 21st Century», *Commentary*, 15 de febrero de 2017.

Sanders. Y al igual que en la mayor parte de Europa, la primera se ha mostrado más poderosa que la segunda¹⁹. La diferencia en el caso estadounidense radica en la magnitud del éxito de un descarado populismo de derechas. En las últimas elecciones a escala de la Unión Europea, las tres puntuaciones más altas de cualquier partido *antiestablishment* estuvieron en torno al 25 por 100 del electorado, mientras que en Europa occidental, el promedio en las elecciones nacionales de la totalidad de este tipo de fuerzas combinadas, sean de derecha o de izquierda, es de alrededor del 15 por 100. Hasta ahora únicamente uno de estos movimientos, Syriza, había conseguido formar gobierno, gracias a una prima electoral artificial, solo para convertirse en un partido ortodoxo del *establishment* de la noche a la mañana. El porcentaje del 46,5 por 100 de Trump es de un orden diferente. Adquirido sin apenas andamiaje organizativo, ha sido posible porque –a diferencia de cualquier otro fenómeno similar en Europa– se produjo mediante la captura de uno de los dos grandes partidos del *establishment* por una persona ajena a ambos. Trump era un independiente al estilo de Ross Perot en 1992, que se hizo con el control del Partido Republicano como en una adquisición comercial, desplegando una retórica que era anatema para la dirección tradicional del partido y ajena a su marco organizativo. Pero una vez que obtuvo su nominación, cosechó las ventajas de la arraigada polarización partidista y de la disciplina republicana para obtener una victoria aún inconcebible en Europa.

II

En el Viejo Mundo, la principal razón por la que el populismo de derecha supera al populismo de izquierda es un temor generalizado a la inmigración; y la razón principal por la que eso no lo ha llevado al poder es un temor aún mayor a las consecuencias económicas si el euro –aunque sea detestado como instrumento de austeridad y pérdida de soberanía–, no solo fuera denunciado, como lo es por igual por los

¹⁹ Los votos ganados por Trump y Sanders en sus respectivas primarias fueron lo bastante similares –catorce millones para el primero, un poco más de trece millones para el segundo– como para que muchos partidarios de Sanders creyeran que a su candidato le podría haber ido mejor que a Clinton en su contienda contra Trump llegando a derrotarlo, como de hecho algunas encuestas de opinión sugirieron durante las primarias. Esto era una interpretación errónea del equilibrio de fuerzas. Como ha observado Judis, en Colorado –un estado en el que Clinton ganó–, el sistema de pago sanitario único fue rechazado en noviembre por el 79 frente al 21 por 100, en un referéndum en el que Sanders hizo campaña a su favor.

populismos de derecha y de izquierda, sino realmente desechado. En Reino Unido, aunque en ningún momento estuviera cerca de formar gobierno, el populismo de derecha logró, en el referéndum sobre la pertenencia británica a la UE, un porcentaje aún mayor que el de Trump. La victoria del Brexit, como anunció Trump desde el principio, significó un estímulo para su propia batalla en Estados Unidos. ¿Qué luz arroja sobre el inesperado resultado de las elecciones de 2016? El miedo a la inmigración masiva fue agitado implacablemente por la campaña a favor de la salida de la Unión Europea, como en otros países de Europa; pero ni siquiera en Gran Bretaña es capaz la xenofobia por sí sola de superar el temor al hundimiento económico generalizado. Si el referéndum sobre la UE hubiera sido únicamente una contienda entre estos dos temores, como deseaba el *establishment* político, los partidarios de la permanencia habrían ganado sin duda por un amplio margen, como sucedió en el referéndum sobre la independencia escocesa en 2014.

Pero había tres factores adicionales que sobredeterminaban la pugna. Después de Maastricht, la clase política británica declinó la camisa de fuerza del euro, solo para mantener una variedad autóctona del neoliberalismo aún más drástica que cualquiera de las del continente: primero, la soberbia financiera del Nuevo Laborismo, que hundió a Gran Bretaña en la crisis bancaria antes que cualquier otro país de Europa; luego, un gobierno conservador-liberal, que impuso una austeridad draconiana sin igual en la UE. Económicamente, los resultados de esa combinación son únicos. Ningún otro país europeo se ha visto tan dramáticamente polarizado regionalmente, entre una metrópoli de altos ingresos encerrada en una burbuja en Londres y el sureste, y un país empobrecido y desindustrializado en el norte y nordeste, zonas donde los votantes podían creer que tenían poco que perder si votaban por la salida de la Unión Europea, una perspectiva más abstracta que prescindir del euro, suceda lo que suceda a la City y a la inversión extranjera. El miedo pesaba menos que la desesperación.

Bajo los gobiernos laboristas y conservadores, en gran medida intercambiables, del periodo neoliberal, los votantes en el extremo inferior de la pirámide de ingresos desertaron de las urnas en masa. Pero cuando de repente se les concedió, por una vez, la oportunidad de participar realmente en un referéndum nacional, volvieron a ellas enardecidos. La participación de los votantes en las regiones deprimidas dio un salto de la noche a la mañana, desolando a ambos candidatos con su veredicto.

Al mismo tiempo, y con una importancia no menor en el resultado, se manifestó la diferencia histórica que separaba a Gran Bretaña del continente. El país no solo fue durante siglos un imperio que dejaba pequeño a cualquier rival europeo, sino que a diferencia de Francia, Alemania, Italia o la mayoría de los restantes países del continente, nunca había sufrido la derrota, invasión u ocupación en las dos guerras mundiales. Por eso la expropiación de los poderes locales por la burocracia de Bruselas tenía que chirriar más que en cualquier otro país: ¿por qué tenía que someterse a las injerencias de Luxemburgo o de Bruselas un Estado que había derrotado dos veces el poderío de Berlín? Las cuestiones de identidad podían superar a las cuestiones de interés con mayor facilidad que en cualquier otro país de la UE. Por eso la fórmula habitual –el temor a las consecuencias económicas supera al temor a la inmigración– no funcionó aquí como en otros lugares, torciéndose por la combinación de la desesperación económica y el *amour-propre* nacional.

En Estados Unidos se sumó a esto el factor autóctono de la raza como algo distinto y suplementario a la inmigración. Pero, por otra parte, esas fueron también las condiciones en las que un candidato republicano abominable para la opinión bipartidista dominante, sin intentar en modo alguno adaptarse al código de conducta civil o político, y desaprobado por muchos de los que al final votaron por él, pudo atraer a suficientes trabajadores desdeñados del *rustbelt* como para ganar la presidencia. Allí, como en Gran Bretaña, frente al salto en la oscuridad, la desesperación superó a la aprensión en las regiones proletarias desindustrializadas. También allí, mucho más cruda y abiertamente, los inmigrantes fueron denunciados y se reclamaron barreras –físicas y legislativas– contra ellos. Para concluir, y decisivamente, en este caso el imperio no era un recuerdo distante del pasado, sino un vívido atributo del presente y una reclamación natural sobre el futuro, que parecía desechado por los gobernantes en nombre de una globalización que significaba la ruina para la gente común y una humillación para su país²⁰. «Make America Great Again»:

²⁰ «Por encima de todo, Trump apela a los estadounidenses afectados por una sensación no del todo errónea de declive nacional relativo», ha escrito Benjamin Kunkel en el más llamativo análisis de la elección y sus antecedentes que tenemos hasta la fecha. «Para muchos de los votantes de Trump, el envejecimiento personal ha coincidido con la pérdida de relevancia internacional del país con el que se identifican, así como con la erosión, rápida pero incompleta, en los propios Estados Unidos, del estatus de casta de los blancos (se podría decir que caen en estatus más que en ingresos). La promesa de Trump de invertir esa evolución tuvo en gran medida el efecto fraudulento de un elixir de juventud»: «Celebrity Apprentice: Notes on the US Election», *Salvage*, núm. 4, p. 65.

próspera al descartar los fetiches de la libre circulación de bienes y mano de obra, y victoriosa al ignorar las trabas y compromisos del multilateralismo. Trump no se equivocaba al proclamar que su triunfo era como un Brexit a lo grande; pero era una revuelta mucho más espectacular, ya que no se limitaba a una sola cuestión –para la mayoría de la gente, enteramente simbólica– y estaba desprovista de cualquier capa de respetabilidad institucional o bendición editorial. No había ningún Gove o Johnson estadounidenses, ni ningún *Daily Mail* o *Sun*. A lo largo y ancho del país, solo dos periódicos de importancia local respaldaron a Trump. Ninguno de ellos era precisamente un medio conocido: *Las Vegas Review-Journal* de Nevada, donde perdió, y el *Florida Times-Union*, menor que otros seis periódicos en un estado donde ganó.

12

El Partido Republicano del que Trump tomó posesión estaba cada vez más dividido, en la medida en que su base electoral se desplazaba hacia abajo en busca de los votantes blancos de clase obrera, sus evangélicos se alzaban contra la laxitud moral y la multiculturalidad, sus activistas fiscales agitaban en pro de un gobierno más reducido y sus elites financieras e industriales se dividían a lo largo de líneas ideológicas y regionales. Ése era el paisaje de *What's the Matter with Kansas?*, el Family Research Council, el Tea Party, Koch y Adelson o después Mercer, junto con *The Wall Street Journal* y la *National Review*, el Cato Institute y Romney. El partido se había convertido en una paradoja: más disciplinado externamente que el demócrata, pero más polarizado internamente. La derrota de su líder en la Cámara de Representantes, Eric Cantor, enemigo irreconciliable del gasto social de cualquier tipo, frente a un oscuro militante en su distrito electoral, no ha tenido contrapartida entre los demócratas, ni tampoco la capacidad de los evangélicos para unirse en masa a una criatura tan descaradamente anómica como el señor de Miss Universo y del casino Taj Mahal, por no hablar de los videos de Hollywood y cosas parecidas. Sin embargo, como candidato, Trump transgredió prácticamente todos los tabúes políticos de esa diversidad republicana, por no hablar del consenso dominante que unía a ambos partidos. En cuatro cuestiones desafió a todos los que contaban políticamente: denunciando la hostilidad bipartidista a Rusia y desdeñando a la OTAN; repudiando (no del todo) el compromiso bipartidista con el libre comercio; hablando de la necesidad de un gran programa de infraestructuras, que supondría

un gasto deficitario (anatema para los conservadores fiscales); y abandonando cualquier decoro verbal o los circunloquios tradicionales al proponer la expulsión de los inmigrantes ilegales y la construcción de una Gran Muralla para evitar nuevas llegadas. La irritación con la que este conjunto de mensajes fue recibido por los neoconservadores, vanguardia intelectual del *establishment* republicano, igualaba si no superaba la indignación de los demócratas, agravadas en ambos bandos por la aversión hacia su portador, calificado como una desgracia para la nación.

I3

Una vez instalado como presidente, sin vínculos previos con el Partido Republicano ni experiencia política de ningún tipo, Trump estaba prácticamente obligado a formar un gobierno en desacuerdo con la mayoría de lo que había dicho durante la campaña, recurriendo a banqueros y empresarios, generales y un par de políticos con marchamo de derecha, para reunir un gabinete que recuerda los dibujos de George Grosz.

Sus pocos íntimos acechan al fondo, dentro de la Casa Blanca o en el Consejo de Seguridad Nacional. Las incompatibilidades entre Trump y el partido que ha secuestrado estaban a la vista desde el principio. Antes incluso de ser confirmados, sus ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores le contradecían públicamente sobre la necesidad de un rápido entendimiento con Rusia, el más incendiario de sus temas, al que Washington es más sensible como núcleo imperial. Más adelante cabe prever conflictos sobre aranceles, déficit, sanidad, etcétera, así como sobre la inmigración, ya que a diferencia de cualquier país europeo, Estados Unidos es históricamente una tierra de inmigrantes, donde el tipo de reacción xenófoba que aumenta en la UE y Reino Unido es compensada por una poderosa ideología de acogida para los recién llegados, que, por las mismas razones históricas, no existe en Europa, como parte integral de la identidad nacional más que como un problema. La oposición apasionada a cualquier represión y expulsión generalizadas de ilegales ya ha provocado manifestaciones en las calles y el bloqueo de los tribunales, lo que causó nerviosismo en las filas republicanas del Congreso. Los únicos dominios en los que parece haber un acuerdo sin fricciones entre el presidente y su partido son la desregulación, donde ya se están produciendo órdenes ejecutivas y se espera la derogación del paquete normativo de Dodd-Franks,

y los nombramientos judiciales, en los que está asegurada la unidad sobre el Tribunal Supremo. Por el contrario, están resultando polémicos incluso los impuestos, habida cuenta del ajuste fronterizo.

Por encima de esas tensiones estructurales, que por sí mismas imposibilitan la coherencia política, está el estilo personal, impulsivo y errático, del novato al frente del Estado, que infunde desorden en la gestión de casi todos los asuntos. Es como si hubieran instalado a un Rey Ubu en la Casa Blanca, especialmente, dado su amplísimo margen de maniobra ejecutiva en ese terreno, en las relaciones exteriores. Impulsando la desintegración de la UE, trasladando la embajada en Israel a Jerusalén, haciendo pedazos la sumisión de Irán, amenazando con mejorar las relaciones con Taiwán, apuntando a la abrogación de las sanciones a Rusia, ofendiendo públicamente a México: ¿hay alguna coherencia o razón en un destrozo tan temerario de la sabiduría atlántica heredada? ¿O es, como sugieren todas las señales, pura fanfarronería aleatoria, que se repliega tan fácilmente como se arroja? Es evidentemente demasiado pronto para decirlo. ¿Podría emerger de la confusa maraña actual alguna edición invertida del abrazo de Nixon en Pekín, que indujera a Moscú a establecer una entente con el fin de contener a China, hasta ahora el principal objeto de la animadversión presidencial? La rapidez con la que la burocracia de la seguridad en Washington ha reaccionado, con el coro completo de la prensa clamando tras ella, para desacreditar cualquier posibilidad de tal viraje diplomático habla por sí misma. Constitucionalmente, el poder de la presidencia estadounidense en los asuntos exteriores tiene pocas limitaciones legislativas, pero ello se haya condicionado por la existencia de cierta disciplina jerárquica en el propio ejecutivo. Una vez que ésta se viola abiertamente, como sucede hoy con el cerco del Ala Oeste de la Casa Blanca que parece estar en marcha, la autonomía se reduce y las políticas aplicadas tienden a revertir al piloto automático. La única suposición fiable es que la grandeza estadounidense requiere el imperio estadounidense, para cualquier fin ocasional que se plantee y con cualesquiera medios tácticos necesarios para alcanzarlo. La continuidad institucional envolverá inevitablemente y debilitará sin duda el capricho individual.

Las contradicciones estructurales y las inestabilidades personales, la ausencia de coherencia política y de competencia administrativa, suponen oportunidades obvias para una oposición demócrata, que puede haber perdido el control formal de las tres ramas del Estado, pero sabe que posee profundas capas leales en la burocracia federal, que ganó una mayoría popular en seis de las siete últimas elecciones para ocupar el poder ejecutivo y que podría haber ganado la Casa Blanca en 2016 con una pizca más de inteligencia táctica. Algunos dirigentes del partido, conscientes de la necesidad de cerrar filas y de copiar algo de la disciplina republicana, pudieron entender que sería imprudente provocar a sus votantes partidarios de Sanders con otro Comité Nacional Demócrata conformado al antojo de Clinton, y parecen dispuestos a hacer concesiones como ha mostrado el respaldo para presidir el CND a Keith Ellison, un musulmán negro, por el líder de la mayoría en el Senado Schumer y otros peces gordos, aunque fueran demasiado pocos para impedir que otro *apparatchik* de Obama, su secretario de Trabajo, fuera promovido al puesto²¹. Al perdedor se le podría ofrecer graciosamente todavía un premio de consolación: mantener a bordo a los descontentos de los Clinton con un mínimo de gestos, al tiempo que se pone en orden la organización del partido, sería algo de sentido común para 2020. Pero dado el estrecho margen por el que se perdió en 2016 incluso con una candidata tan deficiente, y lo frágil que es el actual régimen, el mismo tipo de sentido común sugiere que no se necesita cambiar mucho más. Suponiendo que entretanto Trump, incapaz de crear mejores empleos o de obtener un crecimiento más rápido, no haya dejado de tropezar con todo, cualquier decente portaestandarte de perfil medio del sello tradicional debería ser capaz de ganar de calle. Tal parece ser, al menos, el cálculo de los dirigentes

²¹ En un avance de operaciones futuras, «el desagrado por el enfoque y el perfil [de Ellison] contribuyó a empujar al ex presidente Barack Obama a apoyar la candidatura de [Thomas] Perez hasta el final», insinuó alguien de su entorno. «Llamó él mismo a los miembros del CND, y también lo hicieron, hasta el sábado por la tarde, su ayudante Valerie Jarrett, el ex director político David Simas y su directora de actividad política en la Casa Blanca, Paulette Aniskoff», véase *Politico*, 26 de febrero de 2017. Por su parte, *Los Angeles Times* señaló que «Pérez fue alentado a presentar su candidatura contra Ellison por algunos aliados de Obama, que temían perder lucrativos contratos del partido si vencía la facción de Sanders». En la misma reunión de funcionarios demócratas, «los delegados votaron en contra de restablecer la prohibición de las donaciones empresariales al partido», haciendo que los partidarios de Sanders lanzaran gritos de «Party for the people, not big money!».

demócratas, aunque no todos los simpatizantes están de acuerdo. Si se subestimó a Trump en 2016, existe el riesgo de volver a hacerlo.

15

¿Dónde deja ese panorama a la izquierda surgida en Estados Unidos desde 2011 y ampliada espectacularmente en la campaña de Sanders en 2016? ¿Cuál puede ser el posible efecto sobre ella de la presidencia de Trump? En primer lugar, la galvanización, a medida que la resistencia frente al gobierno se amplía y profundiza mediante la convocatoria renovada de manifestaciones de masas y acciones militantes, el aseguramiento de que el impulso de la experiencia de Sanders no se desvanezca y el ofrecimiento de un espacio mayor para la radicalización de la cultura política en general. Sin embargo, esta resistencia también es ambigua, ya que la oposición liberal al régimen republicano ha alcanzado ya un grado de intensidad tal que hace potencialmente casi invisible cualquier diferenciación de ella por parte de una izquierda, que apenas ha emergido a la luz del día con una masa crítica modesta. El *establishment* cultural del país, encolerizado y receloso por su victoria, ataca a Trump día tras día con una violencia sin precedentes desde la Reconstrucción. *The Second Civil War* no era más que un título imaginativo para el libro en el que Brownstein describía en 2007 la polarización partidista. *Mutatis mutandis*, su tema apenas abarcaba una confrontación Kansas-Nebraska. En las páginas de *The New York Times* y sus homólogos, la atmósfera de 2017 se parece más al asalto de John Brown a Harpers Ferry. La histeria de los Krugmans y los Friedmans, por no hablar de los Brooks y los Cohens, puede ser imitada, pero no superada por la izquierda. Hacer aparecer a Trump como un ogro común solo puede servir para quedar sumergido bajo la marea *bien pensant*.

Sin embargo, el efecto galvanizador será real. La cuestión que plantea en particular es tanto organizativa como ideológica. El marco de la rebelión de Sanders fue el Partido Demócrata, cuya nominación para la carrera presidencial no logró obtener al final. El éxito de Trump en su empeño paralelo, desde una posición mucho más extraña y ajena a los republicanos que la de Sanders a la tradición demócrata, ¿ofrece un modelo para la victoria en la próxima ocasión, con un candidato mejor y más radical, y una base más fuerte y más experimentada? Si un asalto hostil desde la derecha a un partido capitalista fue posible, ¿podría

hacerse lo mismo con el otro desde la izquierda? Envuelto en un lenguaje más sonrosado, ésa ha sido por supuesto la perenne esperanza de la mayor parte de la izquierda estadounidense desde el *New Deal*. Hoy día, el vaciamiento de la forma partido en Occidente hace que rupturas abruptas de la misma, saliendo de la nada, parezcan más realistas, como atestigua el fenómeno Corbyn en Gran Bretaña. Sin embargo, tanto en el caso de Sanders como en el de Corbyn, fue decisivo el elemento sorpresa, de modo que los aparatos demócrata y laborista fueron pillados desprevenidos por una radicalización que nadie esperaba. En Estados Unidos, la dirección demócrata no estará sesteando la próxima vez. A sus ojos, cualquier cambio significativo hacia la izquierda comprometería las perspectivas de revancha electoral en 2020, y hará cuanto pueda para bloquearla. Seth Ackerman ha propuesto en *Jacobin* una estrategia basada en mantener un pie dentro y otro fuera para evitar la absorción o neutralización de los radicales por parte del CND: la creación inmediata de un partido socialista independiente, que apoye a los mejores candidatos y causas en las filas demócratas, y allí donde las condiciones sean favorables, la presentación de candidatos propios en las primarias demócratas, o simplemente como independientes²². Si tal estrategia –de hecho, un Sanders a lo grande– es compatible con cualquier posibilidad de decir la verdad sobre el carácter del Partido Demócrata o conducirá a blandos eufemismos ruinosos para cualquier política radical, es algo que está claramente por decidir.

16

Hay otro obstáculo obvio para reconfigurar al Partido Demócrata, con el prefijo «social», aun el más débil que quepa imaginar, antes de su nombre. Como impedimento están no solo toda la historia del partido desde el inicio de la Guerra Fría, y su aparato contemporáneo de donantes y amañadores multimillonarios, sino su principal icono. Obama, mientras siga residiendo en Washington, estará activo –detrás de la escena o como una nube por encima de ella–, prestando al partido que descuidó desde la presidencia la orientación y la energía adecuadas para asegurar que los demócratas sigan siendo en 2020 un vehículo simpático, abiertamente tibio para el capital. Es probable que sea él, no Trump, el

²² Seth Ackerman, «Blueprint for a New Party», *Jacobin*, 8 de noviembre de 2016, donde Ackerman argumenta que Citizens United ofrece la posibilidad de superar las limitaciones tradicionales para financiar tal estrategia.

principal estorbo para cualquier ampliación más allá de Sanders de la rebeldía capaz de unir a los *millennials*, cuyo estatus social se deteriora, a los trabajadores duramente presionados y a las minorías díscolas en una plataforma más radical y genuinamente internacionalista de un tipo que merezca la calificación de izquierda. Sin mantenerlo vigilado constantemente, la posibilidad de que eso suceda es pequeña; no solo por la posición que seguirá disfrutando dentro del partido, sino por la leyenda que ha acumulado en torno suyo. Los panegíricos de su partida, combinados con la execración de su sucesor, pueden cerrar la vía a cualquier cosa mejor que lo que él aportó. La razón tradicionalmente ofrecida para el conformismo de la izquierda con el Partido Demócrata era la del mal menor; con Trump convertido en un mal de una magnitud inimaginable —el fascismo a la vuelta de la esquina, si no ya presente—, el halo alrededor de Obama anula el argumento: ahora se trata del bien contra el mal, puro y simple. Hasta dónde llegará ese efecto ideológico y cuánto tiempo persistirá es algo que no se puede todavía prever; pero, ciertamente, la nostalgia penitente por un gobernante criticado en el poder, pero ahora añorado fuera de él, puede acabar afligiendo a gran parte de la izquierda durante algún tiempo.

El mejor antídoto se puede encontrar en una poderosa retrospectiva de la carrera de Obama publicada por Aziz Rana en $n + 1$, quien dice:

En un momento en que el país se enfrentaba a crisis sociales convulsas y una proporción cada vez mayor de sus partidarios pedía una reconstrucción fundamental de las instituciones estadounidenses, Obama recurrió a su historia personal y a sus dotes oratorias para defender principios huecos: la justicia de la primacía estadounidense, la legitimidad del liberalismo del mercado global, la necesidad de una reforma paulatina, el peligro de una revisión estructural a gran escala, etcétera. La consecuencia, intensificada por una derecha virulenta, fue que los problemas fundamentales siguieron enconándose y se hicieron más difíciles de ignorar: el encarcelamiento masivo y el racismo estructural, las dramáticas disparidades de clase en poder y oportunidades, el intervencionismo en el extranjero y los abusos de seguridad nacional en el país.

Las reformas internas de Obama «se inscribieron todas ellas en la misma filosofía que vertebró el “siglo americano”: la fe en los mercados y en los expertos tecnócratas y de seguridad nacional (a pesar de los reiterados y catastróficos fracasos de los tres), y la suspicacia frente a la política impulsada por la movilización democrática de masas». Al final, «el logro más notable de Obama no fue, por lo tanto, la consecución de ningún

objetivo político concreto –la aprobación de la *Affordable Care Act* o el asesinato de Osama bin Laden–, sino la forma en que infundió nueva energía y atractivo a un agotado centrismo estadounidense, recubriendo un tipo familiar del liberalismo característico de este país con la santidad y el poder de su propia biografía personal»²³.

Es un veredicto convincente. Pero al concluir que «la era Obama se percibe cada vez más como los últimos días de un centrismo ahora moribundo», y que «en el momento de su partida su legado inadvertido ha sido contribuir a traer de vuelta el radicalismo estadounidense que en otro tiempo rechazó», Rana corre el riesgo de tomar un deseo por un hecho. El centrismo estadounidense está lejos de su lecho de muerte: creer lo contrario es prolongar aún más su vida útil. No hay indicios de agotamiento en la ferocidad de su asedio a Trump, y pocas probabilidades de que el legado que pretende consagrar tenga nada que ver, incluso inadvertidamente, con un vigoroso radicalismo, y sí, por el contrario, con la perpetuación de un conformismo devoto. En tales condiciones se requiere una ruptura clara con la cultura de las celebridades y su fijación en las encarnaciones políticas alternativas de la misma. Escribiendo antes de las elecciones, Benjamin Kunkel observó sobre la perspectiva de Clinton: «El propio Trump, más que el estancamiento, la desigualdad y el deterioro percibido, se convirtió en la emergencia nacional e hizo que Trump y Bernie pasaran a ser considerados como candidatos plausibles». *A fortiori* ahora, después de las elecciones.

²³ Aziz Rana, «Decolonizing Obama», *n+1*, 27, invierno de 2017, pp. 22 y 27. Como implica la santidad, menos biografía que hagiografía: sobre las realidades privilegiadas del salto hawaiano inicial de Obama al éxito, véase P. Anderson, «Homeland», cit., p. 19; ed. cast.: «Homeland», cit., p. 23.